ISSN 1133-0104

Joseph Ratzinger / Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret*

Juan CHAPA

«Si dejamos de lado esta historia, la fe cristiana como tal queda eliminada y transformada en otra religión» (p. 11)[1]. Esta frase del prólogo del libro de Benedicto XVI sobre Jesús de Nazaret me parece fundamental para comprender qué es lo que persigue con su obra. En numerosas ocasiones, y quizá más a raíz del célebre discurso de Ratisbona, se ha puesto de relieve la preocupación que siempre ha tenido Joseph Ratzinger por entender adecuadamente las relaciones entre fe y razón. De la misma manera, y en el marco de esta discusión, está claro que al Papa le preocupa enormemente una ajustada comprensión de las relaciones entre historia y fe.

A partir de la publicación del libro sobre Jesús, se ha hablado mucho si el actual Romano Pontífice es o no un experto en exégesis y hasta qué punto está capacitado para afrontar una investigación que a primera vista debería ser tarea de un exegeta profesional. Al menos, en los últimos años, las obras que llevan en el título el nombre de Jesús han sido elaboradas fundamentalmente por biblistas, buenos conocedores de los entresijos históricos y filológicos, pero, digámoslo también, quizá no demasiado duchos en cristología ni en otras ramas del saber teológico. De alguna forma, la extensión y fragmentación de las ciencias, incluida la teología, hace que resulte difícil escribir sobre Jesús desde una perspectiva interdisciplinar.

Ciertamente, Benedicto XVI no se ha calificado nunca a sí mismo de exegeta, pero entre su amplísimo bagaje intelectual y teológico se encuentran unos excelentes conocimientos de exégesis, en buena medida por la estrecha relación que guarda con ésta la teología fundamental, especialidad en la que sin ningún género de dudas se puede afirmar que Joseph Ratzinger es un experto[2]. Y en este campo, de todos son conocidos sus trabajos sobre la reve-

1. Joseph RATZINGER / BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazareth, I. Desde el bautismo a la transfiguración*, La Esfera de los libros, Madrid 2007. En adelante para este libro sólo se indicará la página citada en el cuerpo del artículo.

2. De hecho, su primera cátedra fue la de Teología Fundamental (Bonn, 1958). Sobre su actividad académica puede verse Pablo BLANCO, *Joseph Ratzinger. Una biografía*, Eunsa, Pamplona 2004, pp. 71-115.

lación. Por eso, aunque el actual Papa no sea propiamente un biblista, conoce bien el terreno en el que se mueve. Sabe dónde se debe situar la Escritura y qué significa la revelación de Dios en Jesús de Nazaret. Consecuentemente, las implicaciones del carácter histórico de la revelación surcan la teología de Joseph Ratzinger[3] y vuelven a aparecer en *Jesús de Nazaret*, en donde se enfrenta con el núcleo del problema desde la perspectiva del teólogo: cómo el Jesús de la historia que encontramos en los evangelios es al mismo tiempo el Hijo de Dios que confiesa la Iglesia.

El marco de la discusión

No se trata aquí de hacer una presentación del libro. A estas alturas no necesita darse a conocer su contenido. En cambio, para una valoración justa, se debe tener en cuenta el trasfondo polémico en el que se sitúa, entendiendo por polémica la discusión de opiniones contrapuestas, y excluyendo la actitud combativa que habitualmente se asocia al término. El que el libro tenga este trasfondo no excluye que responda también, y quizá principalmente, a la búsqueda del rostro del Señor del propio autor y sea fruto de un largo camino interior. La confrontación que surge como defensa de una verdad que se considera fundamental y el afán de contemplar el rostro de Dios no son dos finalidades opuestas. Aquí me fijaré sobre todo en el primer aspecto.

El carácter polémico del libro viene determinado por la imagen de Jesús que a juicio de Benedicto XVI se ha difundido hoy en día. El Romano Pontífice muestra una cierta añoranza de lo que se escribía en ámbito católico en la primera mitad del siglo XX: «En mis tiempos de juventud –años treinta y cuarenta– había toda una serie de obras fascinantes sobre Jesús: las de Karl Adam, Romano Guardini, Franz Michel Willam, Giovanni Papini, Daniel-Rops, por mencionar sólo algunas. En ellas se presentaba la figura de Jesús a partir de los Evangelios: cómo vivió en la tierra y cómo –aun siendo verdaderamente hombre– llevó al mismo tiempo a los hombres a Dios, con el cual era uno en cuanto Hijo. Así, Dios se hizo visible a través del hombre Jesús y, desde Dios, se pudo ver la imagen del auténtico hombre» (p. 7).

Las obras de los autores citados por Benedicto XVI son parte de la respuesta católica a las *Vidas de Jesús* que se habían popularizado en el siglo XIX. Desde que en en el siglo XV se publicara la primera *Vida de Cristo* y durante cuatro siglos, los cristianos sólo conocieron Vidas de Cristo o de Jesucristo[4]. Eran obras de creyentes. En cambio, las *Vidas de Jesús* del

---

3. Cfr. Pablo Blanco, *Joseph Ratzinger: razón y cristianismo*, Rialp, Madrid 2005, pp. 132-141. Cabe recordar el papel que desempeñó como perito del Concilio Vaticano II y sus trabajos en la redacción de *Dei Verbum*. Cfr. Id., *Joseph Ratzinger, perito del Concilio Vaticano II (1962-1965)*, en «Anuario de Historia de la Iglesia», 15 (2006) 48-51.

4. La primera *Vida de Cristo*, obra de Ludolfo de Sajonia el Cartujano (†1378), se publicó en 1474. Hasta entonces no hay libros que lleven ese título, si bien el retrato de Jesús de la apócrifa *Carta de Publio Léntulo*, quizá del siglo VI o VII (aunque su traducción al latín es en torno a los siglos XIII-XIV), o las obras que se escribieron sobre la pasión de Cristo pueden considerarse sus precedentes. Se puede ver al respecto el artículo de José Morales, *Origen literario y desarrollo de las* Vidas de Jesucristo, en

XIX, como lo revela el mismo título, llevaban consigo un distanciamiento objetivizante, que respondía a los presupuestos de los espíritus racionalistas de quienes las escribieron. Para estos autores incrédulos y abiertamente anticristianos, los evangelios no eran vidas de Jesús, sino vidas mitificadas de Jesús, que requerían una depuración crítica. Aunque el juicio que sobre las *Vidas de Jesús* realizó Albert Schweitzer puso fin a las ilusas esperanzas de estos autores de mostrar a un Jesús histórico «objetivo» y demostró que el Jesús que presentaban no era más que el reflejo de sus postulados filosóficos[5], la publicación de esas *Vidas* provocó una amplia reacción en el mundo católico y la aparición de numerosas obras sobre Jesús. Fueron muchas las que se escribieron, algunas de las cuales son las que cita el Papa[6].

El panorama cambió en la década de los cincuenta a raíz de la separación entre el Jesús histórico y el Cristo de la fe. La célebre distinción acuñada por Martin Kähler a finales del XIX[7] se radicalizó con la obra de Rudolf Bultmann y el desarrollo de la teología kerigmática[8]. Como apunta Benedicto XVI, «[l]a grieta entre el "Jesús histórico" y el "Cristo de la fe" se hizo cada vez más profunda; a ojos vistas se alejaban uno de otro» (p. 7). El resultado fue que los evangelios perdieron la categoría de fuente histórica sobre Jesús.

A pesar de las reacciones que trataron de contrarrestar el peso de la balanza, inclinada casi exclusivamente hacia la fe en detrimento de la historia (de Jesús no sabemos nada, pero

---

ID., *Acta Theologica. Volumen de escritos del autor, ofrecido por la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra*, EUNSA, Pamplona 2003, pp. 23-35.

5. Cfr. Albert SCHWEITZER, *Geschichte der Leben-Jesu-Forschung*, Mohr, Tübingen [2]1913 (ed. española: *Investigaciones sobre las vidas de Jesús*, Edicep, Valencia 1990-2002).

6. De estos autores sus obras más conocidas sobre Jesús son las siguientes: Karl ADAM, *Jesus Christus*, Patmos, Düsseldorf [4]1935; Romano GUARDINI, *Der Herr, Betrachtungen über die Person und das Leben Jesu Christi,* Werkbund, Würzburg 1937; Franz Michel WILLAM, *Das Leben Jesu im Land und Volke Israel,* Herder, Freiburg im Breisgau 1932; Giovanní PAPINI, *Storia di Cristo*, Vallechi editore, Firenze 1921; Henri DANIEL-ROPS (pseudónimo de Henri Petiot), *Jésus en son temps*, Arthème Fayard, Paris 1945. Una idea del contexto en el que surgen estas obras y de la abundante producción literaria en torno a las *Vidas de Jesús* se encuentra en unas palabras del P. Sola en la introducción a la edición española de la obra de Willam: «Ante los ataques racionalistas de Weiffenbach, Schleiermacher, Holzmann, Volkmar, Schenkel, Keim, Weizsäcker, Strauss, Baldensperger,... Colani, Renan, florecieron en el campo católico las vidas o estudios sobre Jesús de Grimm, Friedlieb, Businger, Meschler, Weinhart, Cigoi, Kralik, Fillion, Fouard, Grandmaison, Lagrange, Lebreton, Prat, Huby, Valensin, Durand, Vilariño, Goodier, Papini» (Franz Michel WILLAM, *La vida de Jesús en el país y pueblo de Israel*, Espasa-Calpe, Madrid, 1940, pp. 12-13).

7. En 1892 Martin Kähler publicó su famoso trabajo *Der sogennante historische Jesus und der geschichtliche, biblische Christus*, que, si bien al principio no tuvo una gran repercusión, marca un hito en la historia de la búsqueda del Jesús histórico. Según esta distinción Jesús (el hombre que vivió en Nazaret) pertenece a la *así llamada historiografía*; pero Cristo (lo que la Biblia confiesa de Jesús) constituye la verdadera historia.

8. Las obras más influyentes de Bultmann al respecto son: *Die Geschichte der synoptischen Tradition*, Vandenhoeck & Ruprecht, Göttingen 1921; [2]1931 (ed. española: *Historia de la tradición sinóptica*, Sígueme, Salamanca 1999); *Jesus*, Deutsche Bibliothek, Berlin 1926 y *Theologie des Neuen Testaments*, Mohr (Siebeck), Tübingen [9]1984; ed. original: 1948-1953 (ed. española: *Teología del Nuevo Testamento*, Sígueme, Salamanca 1997).

no importa porque lo importante es la fe en el Cristo proclamado por la comunidad), el panorama no ha cambiado sustancialmente. Es verdad que en las últimas décadas, fruto de nuevas investigaciones, hay una actitud más positiva sobre nuestro conocimiento histórico de Jesús. Hemos pasado del «de Jesús no se sabe nada»[9] al «sabemos mucho sobre Jesús»[10]. Sin embargo, los estudios que se han realizado sobre la figura del Maestro de Nazaret mediante sofisticados métodos histórico-críticos no han logrado más que presentar unas diluidas y a menudo casi contradictorias imágenes de Jesús que no acaban de convencer a nadie. Benedicto XVI se refiere a estas investigaciones de modo genérico: «[L]as reconstrucciones de este Jesús, que había que buscar a partir de las tradiciones de los evangelistas y sus fuentes, se hicieron cada vez más contrastantes: desde el revolucionario antirromano que luchaba por derrocar a los poderes establecidos y, naturalmente, fracasa, hasta el moralista benigno que todo lo aprueba y que, incomprensiblemente, termina por causar su propia ruina» (p. 8). El Papa no especifica mucho, pero dentro de este amplio marco cabría incluir también las propuestas de algunos autores de la así llamada «Tercera búsqueda del Jesús histórico», nacida al comienzo de la década de los ochenta del siglo pasado[11]. En este renacer de estudios sobre el Maestro de Nazaret, el Jesús que emerge queda reducido a un profeta apocalíptico, a un rabino piadoso, a un filósofo itinerante, a un revolucionario, o a un personaje similar. Como sucedía en el siglo XIX, el Jesús de estas nuevas investigaciones no hace más que reflejar la visión del mundo y del hombre que tienen sus autores. Benedicto XVI emite sobre la situación actual el mismo juicio que hizo Schweitzer de las *Vidas de Jesús* nacidas con ocasión de la «Primera búsqueda del Jesús histórico»: «Quien lee una tras otra algunas de estas reconstrucciones puede comprobar enseguida que son más una fotografía de sus autores y de sus propios ideales que un poner al descubierto un icono que se había desdibujado» (p. 8). Se puede decir, glosando la célebre metáfora del modernista Tyrrell sobre la obra de Harnack, que los investigadores contemplan su propio rostro reflejado en el fondo del pozo de la historia en que han hecho caer a Jesús[12].

---

9. «Yo sinceramente pienso que ahora no podemos conocer casi nada de la vida y persona de Jesús, puesto que las primitivas fuentes cristianas tampoco muestran ningún interés en ninguna de estas dos cosas (vida y persona); además, son fragmentarias y a menudo legendarias. Otras fuentes sobre Jesús no existen» (Rudolf BULTMANN, *Jesus*, cit. en nota 7, p. 12).

10. «La opinión dominante hoy en día parece ser que podemos saber bastante bien lo que Jesús quería hacer y podemos saber mucho de lo que dijo, y que estas dos cosas tienen sentido dentro del mundo del judaísmo del primer siglo» (Ed P. SANDERS, *The Historical Figure of Jesus*, Penguin Press, London 1993; cito por la ed. española: *La figura histórica de Jesús*, Verbo Divino, Estella 2000, p. 2).

11. Sobre este punto ver Juan CHAPA, *History and Jesus of Nazareth*, en Ignacio OLÁBARRI and Francisco J. CASPISTEGUI (eds.), *The Strength of History at the Doors of the New Millenium. History and other Human and Social Sciences along XXth Century (1899-2002)*, Eunsa, Pamplona 2004, pp. 453-505, esp. 463-470.

12. Las palabras de Tyrrell son las siguientes: «The Christ that Harnack sees, looking back through nineteen centuries of Catholic darkness, is only the reflection of a Liberal Protestant face, seen at the bottom of a deep well» (George TYRRELL, *Christianity, at the Cross-Roads,* London 1909, p. 49). Ver John C. POIRIER, *Seeing what Is There In Spite Of Ourselves: George Tyrrell, John Dominic Crossan, And Robert Frost On Faces In Deepwells*, en «Journal for the Study of the Historical Jesus», 4 (2006) 127-138.

Un Jesús lejano

A juicio del Papa, la primera consecuencia es que la figura de Jesús se ha alejado todavía más de nosotros. El entonces Cardenal Ratzinger ya se había referido a esta realidad con una imagen tomada de la investigación sobre las *Vidas de Jesús* del ya citado Nóbel alemán, en la que se señala cómo la investigación sobre el Jesús histórico parecía habernos hecho creer al principio que Jesús se hacía cada vez más cercano a nosotros. Sin embargo, lo que ocurrió es que vino, pasó de largo y volvió al pasado[13]. La realidad que se sigue de esta situación Benedicto XVI la deja bien clara: «Como resultado común de todas estas tentativas, ha quedado la impresión de que, en cualquier caso, sabemos pocas cosas ciertas sobre Jesús, y que ha sido sólo la fe en su divinidad la que ha plasmado posteriormente su imagen» (p. 8). Del análisis de Joseph Ratzinger se desprende que seguimos en la misma situación que en la mitad del siglo XX. A pesar de tanta erudición histórica, sólo nos encontramos con contradicciones y de Jesús continuamos sin saber nada cierto, puesto que las mismas evidencias son interpretadas de manera diferente, incluso opuesta, por los diversos autores. Inevitablemente, en una situación así, surge la desconfianza y el escepticismo ante los datos históricos y, lo que es peor, la fe cristiana corre el riesgo de quedar reducida a un docetismo[14]. De Jesús no sabemos nada más que la imagen de fe que nos dan los evangelios. Y para el Papa, excelente conocedor de las implicaciones que tiene la historia para la fe, esta postura es sumamente peligrosa: «Semejante situación –escribe– es dramática para la fe, pues deja incierto su auténtico punto de referencia: la íntima amistad con Jesús, de la que todo depende, corre el riesgo de moverse en el vacío» (p. 8). Como puede observarse, el punto fundamental ante el que nos situamos es el que se hacía alusión al principio: la adecuada relación entre fe e historia. La fe sin historia convierte el cristianismo en una ideología.

Para Benedicto XVI el peligro de una fe sin historia es tremendamente real, pues a su juicio esta actitud «ha calado hondamente en la conciencia general de la cristiandad» (p. 8), colándose subrepticiamente incluso en autores católicos. Y pone como ejemplo de ello la postura de Rudolf Schnackenburg, a quien califica como «el exegeta católico de habla alemana quizás más importante de la segunda mitad del siglo XX» (p. 8) y de quien se sirve numerosas veces a lo largo del libro. Sin embargo, en una obra en la que trata de ayudar al lector cristiano a sacar aspectos positivos de la maraña de la exégesis actual, el biblista

---

13. Cfr. Joseph RATZINGER, *El camino pascual*, BAC, Madrid [2]2005, p. 142. El texto de Schweitzer es el siguiente: «Esta investigación [sobre las vidas de Jesús] ha corrido una extraña suerte. Comenzó por descubrir al Jesús histórico, pensando que era posible traerlo a nuestro tiempo tal como él fue en realidad, como maestro y salvador. Lo liberó del vínculo que lo mantenía unido desde hacía siglos a la roca de la doctrina de la Iglesia. Se sintió feliz al ver cómo esta figura cobraba vida y movimiento, hasta el punto que parecía salir a nuestro encuentro. Pero este Jesús no se paró; cruzó y dejó atrás nuestro tiempo y volvió al suyo» (Albert SCHWEITZER, *Investigaciones sobre las vidas de Jesús*, cit. en nota 4, pp. 631-632).

14. Es la acusación de Käsemann a su maestro Bultmann en la conferencia que marcó el inicio de una nueva búsqueda del Jesús histórico. Cfr. Ernst KÄSEMANN, *Das Problem des historischen Jesus*, en «Zeitschrift für Theologie und Kirche», 51 (1954) 125-153 (ed. española: *El problema del Jesús histórico*, en *Ensayos exegéticos*, Sígueme, Salamanca 1978, pp. 159-189).

alemán afirma algo que para el Papa resulta inquietante: «Los Evangelios quieren, por así decirlo, revestir de carne al misterioso hijo de Dios aparecido sobre la tierra»[15]. El antiguo Cardenal Ratzinger, compartiendo muchos de los puntos de vista del exegeta alemán, reacciona con viveza ante esa afirmación: los evangelios «no necesitaban "revestirle" de carne, Él se había hecho carne realmente» (p. 10). Una vez más se observa la defensa de la historia y el rechazo del docetismo. Pero a continuación el Papa se pregunta: «¿Se puede encontrar esta carne a través de la espesura de las tradiciones?»

El método histórico

La respuesta a esa pregunta depende de los presupuestos que se adopten y la metodología histórica que se utilice. A juicio de Benedicto XVI, valoraciones como la de Schnackenburg están influenciadas por el abuso que se hace de los métodos histórico-críticos, empleándolos con pretensiones hermenéuticas que exceden la capacidad del propio método. Como consecuencia, se ha llegado a una ruptura entre el *factum historicum*, esencial para la fe cristiana, y las fuentes que nos lo trasmiten, entre el fundamento histórico y las tradiciones evangélicas.

El Papa no va en absoluto contra el empleo del método histórico. Al contrario: es evidente el uso que hace de él en toda su obra, y basta para ello consultar su *Introducción al Cristianismo* o su *Escatología*, por mencionar sólo dos de sus libros. Además, defiende explícitamente este método en el prólogo del libro sobre Jesús: «[E]l método histórico –precisamente por la naturaleza intrínseca de la teología y de la fe– es y sigue siendo una dimensión del trabajo exegético a la que no se puede renunciar. En efecto, para la fe bíblica es fundamental referirse a hechos históricos reales. Ella no cuenta leyendas como símbolos de verdades que van más allá de la historia, sino que se basa en la historia ocurrida sobre la faz de esta tierra. El *factum historicum* no es para ella una clave simbólica que se puede sustituir, sino un fundamento constitutivo; *et incarnatus est*: con estas palabras profesamos la entrada efectiva de Dios en la historia real... Si la historia, lo fáctico, forma parte esencial de la fe cristiana en este sentido, ésta debe afrontar el método histórico. La fe misma lo exige» (p. 11)[16].

Dicho esto, aclara no obstante que el método histórico-crítico tiene sus límites: «[E]l primer límite consiste en que, por su naturaleza, debe dejar la palabra en el pasado... En la medida en que el método histórico es fiel a sí mismo, no sólo debe estudiar la palabra como algo que pertenece al pasado, sino dejarla además en el pasado. Puede vislumbrar puntos de contacto con el presente, semejanzas con la actualidad; puede intentar encontrar aplicaciones para el presente, pero no puede hacerla actual, "de hoy", porque ello sobrepasaría lo que le

15. Rudolf SCHNACKENBURG, *La Persona de Jesucristo*, Herder, Barcelona 1998, p. 455.

16. Ver también sus palabras en el Prefacio del documento de la Pontificia Comisión Bíblica de 1993: «En la historia de la interpretación, el surgimiento del método histórico-crítico significó el comienzo de una gran época. Con él se abrían nuevas posibilidades de comprender la palabra bíblica en su sentido original» (*Prefacio* a PONTIFICIA COMISIÓN BÍBLICA, *La interpretación de la Biblia en la Iglesia* (15.4.1993), Arzobispado de Valencia 1993, 21).

es propio» (pp. 12-13). Se trata de un convencimiento que ya había manifestado en su labor como Prefecto al prologar el documento de la PCB de 1993: «Como todas las cosas humanas, también este método implica riesgos, a pesar de sus positivas posibilidades: la búsqueda del sentido original puede conducir a transponer completamente la palabra en el pasado, de modo que ya no se perciba en su dimensión presente. Puede conducir a que solamente la dimensión humana de la palabra aparezca como real, mientras el verdadero autor, Dios, se escapa a la percepción de un método que ha sido precisamente elaborado para la comprensión de las cosas humanas»[17].

Si el método histórico quiere buscar lo que dijo el autor humano en el pasado, hay que partir de la base de los límites que tiene. La hermenéutica contemporánea ha puesto en evidencia que no se puede saber con exactitud lo que quiso decir en el pasado un autor con un texto, puesto que los presupuestos de cada intérprete condicionan la interpretación. No existe una objetividad neutra ante un texto del pasado[18]. De ahí que para llevar a cabo una adecuada interpretación de los textos el método histórico no basta. Se necesita complementarlo. Para ello, el Papa aboga fundamentalmente por dos conceptos teológicos, relacionados también con la historia.

En primer lugar, Benedicto XVI considera de importancia capital la unidad de la Escritura, y con ella el recurso a la exégesis canónica, como método para una adecuada comprensión de cada pasaje individual[19]. Este tipo de interpretación se encuentra estrechamente relacionada con la historia, pues la Biblia en su unidad es fruto de un proceso histórico de relecturas cada vez nuevas[20]. En segundo lugar, juzga esencial tener en cuenta el papel de la

---

17. *Ibid.*

18. Sobre este punto, ver Vicente BALAGUER, *La Biblia, libro de la Iglesia*, en Javier PALOS y Carlos CREMADES (eds.), *Perspectivas del pensamiento de Joseph Ratzinger* («Diálogos de Teología 8»), Edicep, Valencia 2006, pp. 87-104, esp. 92-96. Este autor cita el siguiente pasaje autobiográfico del cardenal Ratzinger: «[P]or la misma naturaleza de la razón humana y de la naturaleza histórica no se puede mantener la plena unanimidad entre los exegetas en textos tan difíciles (porque hay siempre en juego cuestiones de prejuicios, sean éstas conscientes o inconscientes). La consecuencia era que la fe debía retirarse a la indeterminación y a la continua mutabilidad de hipótesis históricas o aparentemente tales: al la postre, "creer" significaba algo así como "opinar" (...). El drama de la época postconciliar ha estado determinado por esta contraseña y sus consecuencias lógicas» (Joseph RATZINGER, *Mi vida*, Encuentro, Madrid 2006, p. 123).

19. Para una síntesis de este tipo de exégesis cfr. PONTIFICIA COMISIÓN BÍBLICA, *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*, cit. en nota 17, C, 1, en donde se define del siguiente modo: la exégesis canónica «interpreta cada texto bíblico a la luz del canon de las Escrituras, es decir, de la Biblia en cuanto recibida como norma de fe por una comunidad de creyentes. Procura situar cada texto en el interior del único designio divino, con la finalidad de llegar a una actualización de la Escritura para nuestro tiempo».

20. Benedicto XVI afirma: «[S]e ha de tener presente que toda palabra humana de cierto peso encierra en sí un relieve mayor de lo que el autor, en su momento, podía ser consciente. Este valor añadido intrínseco de la palabra, que trasciende su instante histórico, resulta más válido todavía para las palabras que han madurado en el proceso de la historia de la fe. Con ellas, el autor no habla simplemente por sí mismo y para sí mismo. Habla a partir de una historia común en la que está inmerso y en la cual están ya silenciosamente presentes las posibilidades de su futuro, de su camino posterior» (p. 16).

inspiración. Y a pesar de lo que podría pensarse, tampoco este elemento es inseparable de la metodología histórico-crítica en cuanto que también la inspiración está relacionada con un proceso histórico: «[E]l autor no habla como un sujeto privado, encerrado en sí mismo. Habla en una comunidad viva y por tanto en un movimiento histórico vivo que ni él ni la colectividad han construido, sino en el que actúa una fuerza directriz superior» (p. 16).

Así las cosas, Benedicto XVI pone sobre la mesa cuáles son sus presupuestos y lo hace con sorprendente nitidez: «[S]obre todo... confío en los Evangelios» (p. 18). Frente a la actitud de sospecha hacia los textos característica de la era postilustrada, el Papa se fía de las fuentes canónicas sobre Jesús. En su opinión, la figura de Jesús que resulta de la aplicación de un método basado en la confianza hacia esos textos es «más lógica y, desde el punto de vista histórico, también más comprensible que las reconstrucciones que hemos conocido en las últimas décadas... Este Jesús –el de los Evangelios– es una figura históricamente sensata y convincente» (p. 18). Y hasta tal punto lo es, que a juicio del Papa sólo la imagen que dan los evangelios sobre Jesús explica el que fuera crucificado y dan razón de lo que sus discípulos hicieron a continuación. Sólo así se entiende que apenas veinte años después de la muerte de Jesús encontremos afirmaciones sobre él como la de Filipenses 2,6-11. Son cuestiones que los investigadores del Jesús histórico no pueden obviar[21].

Historia y fe

Al final, la motivación del Papa queda clara: «Yo sólo he intentado, más allá de la interpretación meramente histórico-crítica, aplicar los nuevos criterios metodológicos, que nos permiten hacer una interpretación propiamente teológica de la Biblia, que exigen la fe, sin por ello querer ni poder en modo alguno renunciar a la seriedad histórica» (p. 20). La historia es fundamental, pero no lo es todo, como tampoco la fe subsiste sin la historia. Benedicto XVI ha querido hacernos recuperar la confianza en los relatos evangélicos, que son relatos de fe pero que contienen verdadera historia cognoscible. Como afirma, con su libro ha «intentado presentar al Jesús de los Evangelios como el Jesús real, como el "Jesús histórico" en sentido propio y verdadero» (p. 18).

Juan Chapa

Facultad de Teología
Universidad de Navarra
E-31080 Pamplona
jchapa@unav.es

21. De hecho, un sector de autores que se incluyen en la «Tercera búsqueda del Jesús histórico» (por ejemplo, Nicholas Thomas Wright, C. Stephen Evans, Leander E. Keck, Mark Allen Powell, Richard Bauckham) afirman que el Jesús plausible es el que tiene el perfil que es capaz de explicar el surgir de la Iglesia. Cfr. Markus Bockmuehl, *Seeing the Word. Refocusing the New Testament*, Baker Academic, Grand Rapids, MI, 2006, p. 156.